

María, Madre de misericordia, en san Juan de Ávila

Juan Esquerda Bifet
Pontificia Universidad Urbaniana, Roma

PRESENTACIÓN

En la doctrina de San Juan de Ávila, la misericordia está en Dios Amor como en su fuente y en su centro. Es el modo de amar que tiene Dios. A nosotros se nos ha manifestado especialmente por medio de la humanidad de Cristo. Nuestra miseria la hace suya y la transforma; no es un simple indulto, sino una participación en su misma vida divina. Es la peculiaridad de la revelación cristiana: Dios nos ama dándose a sí mismo.

La Santísima Virgen, por ser Madre de Dios (en el nacimiento humano del Verbo), pertenece totalmente a su Hijo nacido de ella por obra del Espíritu de amor. Con estos matices, el título de María, “Madre de misericordia”, Madre de Dios misericordioso, se presenta en el contexto del misterio de la Encarnación redentora. La misericordia, como ternura materna de Dios, se nos muestra por medio de la Encarnación del Verbo y consecuentemente por medio de la maternidad de María y de la Iglesia. En la maternidad divina de María se encuentra el sentido de nuestra filiación mariana, puesto que a ella le encargan como hijos a quienes participan, por misericordia divina, de la misma filiación del Hijo.

Estos contenidos se encuentran diseminados y, a veces, algo implícitos, en los escritos del Santo Doctor, especialmente en el *Tratado del amor de Dios*, en el comentario a la *primera carta de San Juan*, en el *Audi Filia* y en los sermones marianos. Pero la doctrina aparece continuamente en los tiempos litúrgicos por el hecho de acentuar la humanidad de Cristo, nacido de María y ahora presente en la Iglesia. Es lógico que el Maestro lo aplique

al ministerio sacerdotal (e incluso a toda acción apostólica) como expresión de la maternidad misericordiosa de María y de la Iglesia.

Esta realidad de María, Madre de misericordia y Madre nuestra, por ser Madre del Dios humanado, matiza también la relación de sus hijos espirituales, como partícipes de la maternidad eclesial reflejada en María. Entrando en sintonía con los sentimientos de María, los creyentes captan mejor los sentimientos de Cristo que personifica la misericordia divina como ternura materna y paterna.

El celo apostólico (o celo de almas) es un tema muy frecuente en el Santo Maestro. Es como el amor materno de María que se refleja en la maternidad de la Iglesia. Este reflejo tiene lugar especialmente en la actitud espiritual (espiritualidad mariana) del sacerdote y de todo apóstol. Al mirar a María, Madre de misericordia, el apóstol (y de modo especial el sacerdote) aprende de ella la fecundidad de dolor en unión con el amor y dolor de Cristo Redentor.

La maternidad misericordiosa de María la estudiamos, pues, a partir del amor materno y paterno de Dios (cap.1), manifestado de modo especial por medio de la humanidad de Cristo (cap.2), que se refleja en la misma maternidad espiritual de María (cap.3) con el tono de “misericordia” (cap.4). Los creyentes necesitan ver y recibir el servicio ministerial de los sacerdotes (y de todo apóstol) como servicio de misericordia (cap.5).

1. LA MISERICORDIA EN DIOS AMOR COMO EN SU FUENTE

El amor de Dios es uno de los temas centrales del Maestro Ávila. Es amor misericordioso, que tiene los matices de paternidad y de maternidad, especialmente desde la Encarnación del Verbo en el seno de María. El tema queda ampliamente explicado en el *Tratado del Amor de Dios*, el comentario de la primera carta de San Juan (sobre Dios Amor), el *Audi Filia* y los numerosos sermones sobre la encarnación, la pasión y la cruz, la Eucaristía, el Espíritu Santo y la Virgen María.

Es amor misericordioso, que llega a tocar las llagas concretas de cada persona y en toda situación. Esto tiene aplicación especial por medio de la humanidad de Cristo (como veremos en el capítulo siguiente), porque en ella se nos revela a Dios que se inserta en nuestra realidad concreta, amada por él con ternura de padre y madre. No es, pues, sólo un indulto, sino una caricia, un beso de padre, que nos invita a entrar de nuevo en su intimidad.

Toda la enseñanza del Maestro tiende a suscitar la confianza en el amor de Dios misericordioso, como lo afirma él mismo en el prólogo de su primer escrito (el *Audi Filia*), cuando dice que escribe para aquellas «almas» que «han menester más esforzarlas el corazón con confianza que atemorizarlas con rigor». Efectivamente, este escrito clásico del Maestro está orientado a dejarse “mirar” y sorprender por Dios Amor, que nos mira a través de las llagas de su Hijo clavado en cruz y ahora resucitado.

Quienes están habituados a leer los textos avilistas, saben que todo el misterio de Cristo (revelado en el Nuevo Testamento) se recibe en el contexto de las promesas veterotestamentarias. El Maestro cita continuamente estos textos, en la armonía de la revelación y de la fe, siempre a la luz del misterio de Dios Amor revelado en Cristo. La referencia frecuente a los Santos Padres está en esta armonía de la fe.

Como es lógico, para nuestro tema (la ternura materna del amor de Dios), el texto más citado es el de Isaías, cuando Dios se compara a una madre que lleva a su niño en sus entrañas. La referencia al profeta la hace el Maestro para explicar por qué el mismo Jesús se compara a una madre, con la imagen de un ave que cobija a sus polluelos:

«Tú mismo te llamaste madre, cuando dijiste hablando con Jerusalén: ¡Cuántas veces quise meter tus hijos debajo mis alas, como la gallina, y tú no quisiste! (Mt 23,37) ... como tú, Señor, dijiste por Isaías: *¿Por ventura puede olvidarse la madre del niño que parió de su vientre? Pues, si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque le tengo escrita en mis manos, y tus muros están siempre delante de mí* (Is 49,11-16)» (AF cap.80, n.3).

Lo más importante de esta cita comparativa es la conclusión a que llega, refiriéndose a Cristo como expresión del amor tierno del Padre: «quieres ser madre en la ternura del amor» (ibídem)¹.

El aspecto “materno” del amor de Dios es la explicación, adaptada a nuestra mentalidad y manera de ser, de por qué Dios perdona siempre

¹ La cita le sirve al Maestro para exponer la importancia de la humanidad de Cristo para nuestra salvación, como veremos en el apartado 2. Citamos el libro de Audi Filia con la sigla más usada: AF. La referencia al amor materno de Dios se repite también en el epistolario: «¿No sabéis que la sangre de Jesucristo da voces (cf. Heb 12,24), pidiendo por nosotros misericordia al Padre, y que el su clamor hace que el de nuestros pecados no sea oído?... ¿Por ventura puede olvidarse la madre del niño que parió de su vientre, que no haya misericordia de él? Pues si aquella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, dice Dios, que en mis manos te tengo escrita (Is 49,1 5s)» (Carta 20/3).

con tanto amor y se muestra siempre como «padre amoroso y perdonador» (AF cap.41, n.4). Se trata del modo de perdonar de Dios; no es un simple indulto, sino una expresión de su amor que va más allá de nuestras limitaciones, transformándolas. Su amor es tierno como de padre (que nos recibe en casa como siempre) y como madre (que se concreta en la actitud delicada de no poder olvidarnos como hijos)².

Ante nuestra realidad limitada y defectuosas, nuestra actitud más espontánea puede ser de desconfianza (como pensando: no tiene remedio) o de olvido (mirar a otra parte y no darse por enterado). La solución está en asumir la propia realidad tal como es, pero viendo en ella el reflejo de la mirada amorosa de Dios. Por esto el Maestro invita a asumir esta actitud de autenticidad a la luz de la fe en el Misterio de Cristo: «Lo que escarbáis en vuestra miseria, escarbadlo en su misericordia» (Carta 139). «Vete con Él, que más puede su misericordia y los trabajos que Él pasó por ti para agradar a Dios Padre, que tus culpas para desagradarlo» (Sermón 19, n.18). «No hay momento en que la misericordia y largueza del Señor no esté lloviendo en ti nuevas mercedes» (Sermón 42, n.1).

La descripción de la mirada amorosa y paterna de Dios es muy frecuente, especialmente en el *Audi Filia*, como mirada que llega a nosotros por medio de Jesús. Dios nos mira como Creador que ha creado por amor y nos ha dado a su Hijo como hermano, incorporándonos en él y haciéndonos partícipes de su filiación. La misericordia divina obra «según su costumbre y de aquí viene que, en lugar de airado juez, nos sea Dios piadoso Padre» (AF cap.20, n.26). Efectivamente, «el corazón del Señor (es) misericordioso y hacedor de misericordia» (AF cap.21, n.3) y «mira con ojos de misericordia al pecador contrito y humillado... que toma Dios por honra de su nombre el perdonar, y perdonar mucho» (ibídem; comenta el salmo 50)³.

Esta actitud misericordiosa espera y hace posible la actitud humilde y confiada de quien se arrepiente de verdad y se deja sorprender por Dios. «No les está cerrada la misericordia de Dios, si se quieren acoger a sus piadosas entrañas» (AF cap.47, n.4). Siempre «nos será vecina la misericordia

² Además de Audi Filia cap.80, n.3, que acabamos de citar (donde aporta el texto de Is 49,14-16), ver los sermones 77 y 79. Una buena madre quiere corregir los defectos de sus hijos, mostrándoles más ternura de amor en estas circunstancias (sin rebajar el ideal de querer lo mejor para sus hijos: armoniza el perdón y la recuperación, la misericordia y la verdad).

³ Ver la voz “Mirada de Dios” en: *Diccionario de San Juan de Ávila*, Monte Carmelo, Burgos 1999, 618-621.

de Dios» (AF cap.62, n.3). Basta «unas pocas lágrimas... en el rincón de la cama», para que Dios se conmueva (AF cap.82, n.4). Por muy grandes que sean nuestros pecados, «clama más alto sin comparación la sangre de Cristo, pidiendo perdón a las orejas de la misericordia divina» (AF cap.85, n.2).

Solamente a la luz de las “entrañas” paternas de Dios, se armonizan justicia y misericordia. «¡Oh si conociésemos los hombres las entrañas con que Dios perdona!» (Juan I, lec.6^a). La misma justicia se hace misericordia, puesto que «la justicia nació de la misericordia» (ibídem).

La descripción que el Santo Maestro hace de la misericordia divina es la de un padre que se conmueve ante las lágrimas del hijo. Sus entrañas paternas se conmueven al sentirse llamar “Padre”:

«No se puede escribir lo que por Dios pasa cuando a un pecador ve llorar sus pecados (...) Si estás en poder de tus pecados, llama a tu señor con el nombre que te manda llamarle; llámale *Padre mío*, Esposo mío, que os acudirán a te ayudar (...) El tornará los años perdidos, para que por la penitencia que hagas de ellos ya no se cuenten en condenación, sino que para que cobres grandes fuerzas de ver las misericordias que contigo ha usado el Señor» (Sermón 7, n.21).

A partir de esta descripción del amor paterno y entrañable de Dios, se explica por qué Jesús nos dijo que solamente llamásemos “Padre” a Dios. Este título, aplicado a Dios con toda propiedad, nos desvela su corazón o interioridad:

«¿Quién contará las grandes misericordias, Señor, que están en aquellas palabras dulcísimas que por tu meliflua boca dijiste: *No queráis llamar padre sobre la tierra, porque uno es el Padre vuestro, que está en los cielos?* (Mt. 23,9) ... Mas quieres descubrirnos el secreto del corazón de tu Padre, que nosotros no sabíamos, y por tanto nos importa saber, y es que el paternal amor que nos tiene ... cuyo amor y cuidado para con nosotros justísimamente merece este nombre, y lo hinche y cumple en todo su significado, haciéndose altísimamente el oficio de padre. Bendecimos te, Señor, por misericordia tan llena de gracia, raíz y causa de muchos y diversos bienes que de esta misericordia proceden, que, como verdadero padre, nos haces en este mundo y en el venidero» (Sermón 69, n.40).

Es muy frecuente la insistencia en la “ternura” del amor de Dios, como “ternura del corazón” y “entrañas de misericordia”, puesto que es

lo más característico de Dios o “lo que más usa”: «Maravilloso es Dios en todas sus obras; mas, en lo que toca a ternura del corazón, en lo que toca a entrañas de misericordia, en lo que toca a amar a los hombres, esto es lo que más usa. Porque, aunque todo lo que hay dentro de Él, todo es Él en los efectos exteriores, lo que más usa es misericordia» (Sermón 76, n.1).

Cuando el Santo Maestro explica a los sacerdotes cómo tienen que predicar y catequizar, insiste en este tema como algo característico de la predicación cristiana:

«Se ha de enseñar al pueblo que tiene un Dios, de quien ha de recibir todo bien y remedio de todas sus necesidades, y que es padre de huérfanos y desconsolados y pobres. De ignorancia de esto piensan los hombres ser huérfanos, van a dar en desesperación (...) Este afecto han de tener los hombres (...) que tienen a Dios por remedio y amparo; que es piadosísimo y fidelísimo, para que acudan a Él. Y se ha de enseñar este artículo, y fundar en la Escritura las condiciones de nuestro Señor y sus entrañas, y que tiene más gana de vida que nosotros le pedimos. Y de aquí, de este sentimiento, ha de nacer en el alma una grande confianza que alcanzaremos lo que pedimos» (Plática 3, n.1).

La maternidad misericordiosa de María está profundamente relacionada con el amor materno y paterno de Dios, con sus “entrañas” y su “corazón” misericordioso. Esta relación se fundamenta en la maternidad divina de María (que es Madre del Dios de la misericordia) y, consecuentemente, en su relación íntima con la humanidad de su hijo Jesús. Al ser Madre de Dios, puede vivir mejor, desde su propia maternidad, que nosotros somos sus hijos por participar de la misma vida divina que nos ha transmitido el Redentor.

Parece que en este tema de la misericordia se puede encontrar la clave del epistolario del Maestro, especialmente en su perspectiva de dirección espiritual: al insistir en la fuente del amor misericordioso de Dios, no baja el nivel de exigencia ni usa paliativos al detectar la miseria humana. La novedad está en que Dios nos ama como Dios, que mira nuestra realidad limitada insertada en el misterio de Cristo. Dios Amor no se contenta sino es con que nos demos a nosotros mismos a él, como él se da a nosotros. Por el hecho de amarnos Dios así, puede exigir y hacer posible nuestra donación total, desde la propia miseria reconocida con realismo, humildad y confianza⁴.

⁴ Si uno pide «lumbre para conocer sus misericordias por no ser ingrato, dásela ha poco a poco, y conocerá quién es Dios... Y éste es el modo como El quiere que traten con Él

2. LA MISERICORDIA DIVINA EXPRESADA POR MEDIO DE LA HUMANIDAD DE CRISTO

En todos los escritos del Maestro Ávila aflora la referencia, explícita o implícita, a la humanidad de Cristo. Esta referencia está en el contexto del amor materno y paterno de Dios, ahora manifestado por medio de su Hijo, el Verbo Encarnado. Donde se explica mejor los sentimientos o interioridad de Cristo, es en el *Tratado del Amor de Dios*. Se describe al Verbo, ya desde el seno de María, anhelando cumplir los designios de amor del Padre hacia toda la humanidad. La realidad de la Encarnación del Verbo es «la fuente y origen del amor de Cristo para con todos los hombres» (*Tratado del Amor*, n.6).

La interioridad o los amores de Cristo, se describen a modo de comentario de Jn 3,16 («de tal manera amó Dios al mundo») en relación con 1Jn 4,16 («hemos conocido el amor... Dios es Amor»). En la Encarnación encontramos las «señales del grande amor que Dios nos tiene y como centellas que salen afuera de aquel abrasado fuego» (*Tratado del Amor*, n.2)⁵.

El amor que Dios nos tiene, manifestado por medio de su Hijo Jesucristo, es “la clave” de las enseñanzas del Maestro Ávila. Así lo afirma el Papa Benedicto XVI, al inicio de la Carta Apostólica para proclamar su Doctorado. Después de citar el texto paulino *caritas Christi urget nos* (2 Co 5, 14), afirma: «El amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, es la clave de la experiencia personal y de la doctrina del Santo Maestro Juan de Ávila, un “predicador evangélico”, anclado siempre en la Sagrada Es-

los suyos y estén con amor y confianza» (Carta 93). Cfr. J. J. GALLEGO PALOMERO, «Juan de Ávila, profeta del misterio del amor misericordioso de Dios. La predicación en San Juan de Ávila», *Seminarios* 57 (2011) 105-140; P. L. VIVES PÉREZ, «Lectura cristológica del Tratado del Amor de Dios de San Juan de Ávila», *Burgense* 52 (2011) 375-400. Resumen del tema en «Juan de Ávila, una figura que trasciende su época», *Seminarios* 57 (2011) 13-31 (n.2: Testigo de la misericordia divina en una época grandiosa y convulsionada).

⁵ En el Tratado del Amor de Dios aparecen los temas clásicos del Maestro, a la luz del amor de Dios: Nuestra predestinación en Cristo, significado del desposorio con Cristo, misterio de Cristo (su humanidad, Corazón, cruz), la Iglesia como Cuerpo Místico, esperanza como confianza inquebrantable, Eucaristía... El amor entre el Padre y el Hijo (expresado en el amor del Espíritu Santo) se concreta en una “mirada” o relación, que repercute en toda la humanidad: «¡Miraos siempre, Padre e Hijo, miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud!» (n.12). Cfr. P. L. VIVES PÉREZ, «Lectura cristológica del Tratado del Amor de Dios de San Juan de Ávila» (a.c.).

critura, apasionado por la verdad y referente cualificado para la “Nueva Evangelización”»⁶.

La originalidad de la doctrina avilista aparece en el modo de presentar la “ternura” materna de Dios, manifestada durante los detalles de la vida de Jesús. Es el amor del mismo Jesús que tiene esta característica de ternura de madre:

«Quieres sernos madre en la ternura del amor ... Y, si esto que en la cruz pasaste, enclavadas tus manos y pies, es cosa que excede a todo el amor de las madres, ¿quién contará aquel grande amor y grande dolor con que trajiste en el vientre de tu corazón a todos los hombres, gimiendo sus pecados con gemidos de parto ... por todo el tiempo de tu vida» (AF cap.80, n.3)⁷.

La Cristología de San Juan de Ávila se centra más en la humanidad de Cristo, por medio de la cual se deja entender que él es Dios verdadero y hombre verdadero, el único Salvador. Su modo de amar es el modo característico de amar que tiene Dios: se da Él. La humanidad de Cristo ha sido asumida personalmente por el Verbo, es «humanidad levantada a ser supositada en Dios, y a ser personada en Él» (Sermón 46, n.14), «humanidad sublimada en alteza de persona de Dios» (Sermón 53, n.18). Todo es epifanía del amor de Dios para que los hombres comprendieran su amor, porque «si el Señor no se quitara la vestidura de su grandeza, disimulándola, por lavar se quedarán los hombres, llenos de sus miserias y suciedades» (Sermón 74, n.1)⁸.

⁶ BENEDICTO XVI, Carta Apostólica San Juan de Ávila, sacerdote diocesano, proclamado Doctor de la Iglesia universal (7 octubre 2012), n.1. En esta misma carta afirma: «El Tratado del amor de Dios, una joya literaria y de contenido, refleja con qué profundidad le fue dado penetrar en el misterio de Cristo, el Verbo encarnado y redentor... Atento a captar lo que el Espíritu inspiraba a la Iglesia en una época compleja y convulsa de cambios culturales, de variadas corrientes humanísticas, de búsqueda de nuevas vías de espiritualidad, clarificó criterios y conceptos» (n.4). Unos meses antes, el mismo Papa había afirmado: «Juan, sacerdote diocesano en los años del siglo de oro español, participó de las dificultades de la renovación cultural y religiosa de la Iglesia y de la organización social en los albores de la modernidad» (BENEDICTO XVI, Fiesta de Pentecostés, rezo del Regina caeli, 27 mayo 2012).

⁷ La base veterotestamentaria de esta afirmación es el texto de Isaías (Is 49,11-16) que hemos citado más arriba, en el apartado 1.

⁸ El Maestro aprendió a sintonizar con el amor de Cristo, a partir de su propia experiencia de sufrir por él. Según Fray Luís de Granada, que recibió las confidencias del Maestro, en la

Podemos leer el amor de Dios en la humanidad de Cristo, tal como aparece en su vida, a través de la cual podemos “palpar” el amor que Dios nos tiene:

«La causa que más mueve el corazón al amor de Dios es considerar profundamente el amor que nos tiene El, y, con El, su benditísimo Hijo, Nuestro Señor. Más mueve al corazón el amor que los beneficios; porque el que hace a otro beneficio, da algo de lo que tiene; mas el que ama, da a sí mismo con lo que tiene, sin que le quede nada por dar» (*Tratado del Amor*, n.1).

Esta expresión del amor de Dios, por medio de la humanidad de Cristo, se expresa en la interioridad o amores de Cristo, ya desde el seno de María, pero de modo especial nos lleva a nosotros sensiblemente por medio de la muerte en cruz:

«¿Qué te parecería un día de la cruz por desposarte con la Iglesia, y hacerla hermosa, que no la quedase mancilla ni ruga?... ¡Oh cruz! hazme lugar, y véame yo recibido mi cuerpo por ti y deja el de mi Señor. ¡Ensanchate, corona, para que pueda yo poner mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas manos inocentes y atravesad mi corazón y llagadlo de compasión y de amor!» (*Tratado Amor*, n.8)⁹.

Gracias a la humanidad de Cristo y más concretamente a su corazón de hombre, captamos mejor el significado a las palabras “ternura” y

cárcel de la Inquisición «de hizo Nuestro Señor una merced... que fue darle un muy particular conocimiento del misterio de Cristo... aprendió en pocos días más que en todos los años de su estudio» (Vida, II, pár.6). Cfr. J. J. PÉREZ GALLEGU, Cristo y el Sacerdocio en San Juan de Ávila. Sistematización de su doctrina en la perspectiva del Magisterio postconciliar, Edicep, Valencia 2006; G. E. CADIERES ARAUJO, «Doctrina cristológica, pneumatológica y eclesiológica del Maestro Ávila», en *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia, Actas del Congreso Internacional*, Córdoba 2013, 463-477. Resumé algunos datos en «Ser sacerdote desde los amores de Cristo. la herencia sacerdotal de San Juan de Ávila», *ibidem* 399-426; también «Juan de Ávila, su antropología cultural: el misterio del hombre se descifra en el Misterio de Cristo», en M^a. D. RINCÓN GONZÁLEZ – R. MANCHÓN GÓMEZ (eds.) *El Maestro Juan de Ávila (1500?-1569), un exponente del humanismo reformista*, FUE, Madrid 2014, 21-46.

⁹ Benedicto XVI afirmó que la declaración de San Juan de Ávila como doctor de la Iglesia, es un acontecimiento que invita a modelar el corazón «según los sentimientos de Jesucristo, el Buen Pastor» (Alocución en la Catedral de Madrid, durante las Jornada Mundial de la juventud, 20 agosto 2011).

“entrañas”. En el Corazón de Cristo sentimos o experimentamos esa ternura misericordiosa de Dios hecho hombre. Dios tiene «ternura de corazón... entrañas de misericordia», porque «Dios es Amor» (Sermón 76, n.1). La mirada amorosa del Padre hacia el Hijo que da la vida en sacrificio se traduce en mirada de misericordia hacia nosotros. La pasión que sufrió el Señor hace que «mirándolo el Padre tan afligido y sin culpa, mirase a los culpados con ojos de misericordia» (AF cap.87). Por la Encarnación del Verbo, conocemos que «este que viene es amigo de misericordia» (Sermón 2, n.26).

La “encarnación” del Verbo tiene como consecuencia el asumir la historia humana concreta (con los pecados y miserias) para transformarla. «El Verbo, igual con el Padre, quiso hacer romería e pasar por el mundo peregrino. Toma ropa de paño grueso, el sayal de nuestra humanidad» (Sermón 18, n.5). La unión maravillosa entre «oro de divinidad y plata de humanidad», ha hecho posible que «saliese un ámbar, Cristo, que atrajese a sí las pajas, quiero decir, los pecadores, vanos como pajas, y los hiciese justos» (Sermón 22, n.2). Su carne es «semejante a la carne de pecado... mas es ajena de todo pecado, porque es carne de Dios, y formada por el Espíritu Santo y guardada por Él; y puesto en lo alto de la cruz, muerto en ella, libra de muerte» (AF cap. 77, n.2).

Este modo de amar Dios, manifestado en Cristo y en las criaturas, es «testimonio de su bondad» (AF cap. 41). Porque «el camino usado de comunicar Dios su divinidad con las ánimas es por medio de su sacra humanidad» (ibídem, cap. 68).

En este sentido se comprende también la realidad de Cristo como “camino” que nos lleva al Padre. «Por tanto, conviene que comencemos de lo bajo de nuestros pecados ... y luego en el pensamiento de la sacra humanidad de Jesucristo nuestro Señor, para subir a la alteza de su divinidad» (AF cap. 73, n.2). El Señor se nos hace nuestro camino siendo, al mismo tiempo, nuestro manjar: «La gloriosa carne de Cristo es manjar de tu alma y viático para andar el camino del cielo» (Sermón 46, n.16).

No se trata de una simple reflexión teológica, sino de una realidad de gracia para ser vivida. Es su amor la clave explicativa de su misterio redentor, de hacer suyos nuestros males para transformarnos y vivificarnos en él. Cabeza (Cristo) y cuerpo (nosotros) somos ya una misma realidad ante Padre, puesto que «nos pone su nombre»:

«Por el grande amor que el Señor nos tuvo, tomó nuestros males por suyos, y los pagó con su vida y su muerte; y con el mismo amor que nos tiene, aunque ya está en el cielo, si un chiquito suyo está desnudo o vestido, harto o hambriento, dice que él mismo lo está... siendo cabeza, se puso delante del golpe de la justicia divina, y murió en la cruz por dar vida a su cuerpo, que somos nosotros. Y después de habernos vivificado, mediante la penitencia y los sacramentos, nos regala, defiende y mantiene como a cosa tan suya que no se contenta con llamarnos siervos, amigos, hermanos o hijos, sino, para enseñar más su amor y darnos más honra, nos pone su nombre. Porque por esta inefable unión de Cristo, cabeza, con la Iglesia, su cuerpo, él y nosotros somos llamados un Cristo» (AF cap.84, n.8).

Todo el misterio de Cristo (Dios, hombre, Salvador) es un misterio de misericordia. Su vida donada (sangre derramada) clama más que todos los pecados de la humanidad. Su amor es más allá de nuestras suposiciones.

«La sangre de Cristo, derramada en la tierra, daba clamores a la misericordia divina, pidiendo perdón. La de Abel pide ira; ésta, blandura. La primera obra, enojo; ésta, reconciliación... Verdaderamente es grande el clamor de la sangre de Cristo, pidiendo misericordia, pues hizo no ser oídas las voces de los pecados del mundo... ¿qué gritos, qué voces y estruendo harán todos los pecados de todos los hombres, pidiendo venganza a las orejas de la justicia de Dios? Mas, por mucho que clamen, clama más alto sin comparación la sangre de Cristo, pidiendo perdón a las orejas de la misericordia divina, y hace a que no sean oídas, y queden muy bajas las voces de nuestros pecados, y que se haga Dios sordo a ellas. Porque más sin comparación le fue agradable la voz de Cristo, y su pasión y muerte, que pedían perdón, que todos los pecados del mundo desagradables, pidiendo venganza» (AF cap.85, n.2).

Su vida donada es su «santa humanidad», que «se había de teñir en sangre por amor de Dios y del prójimo derramada» (AF cap.109, n.1). Es la hermosura de ver a Dios hecho hombre como dechado de misericordia: «si considerares la misericordia con que se hizo hombre, allí también te parecerá hermoso... a los que entienden el Verbo hecho hombre, gran hermosura les parece; y así dijo uno de los amigos del desposado: No me glorío yo en otra cosa sino en la cruz de Jesucristo nuestro Señor (Gál 6,14)» (AF cap.113, n.4)

Esta es la realidad de Cristo Sacerdote, ungido por el Espíritu de amor, lleno de mansedumbre y misericordia: «Sacerdote es, porque en

cuanto hombre está delante del Padre rogando por nosotros ... Ungido viene no con aceite, sino con sangre, y si ungido, no viene bravo ni recio, sino blando y manso» (Sermón 3, n.8).

Y este es el significado de la benignidad de Dios “perdonador”, manifestada en el nacimiento de Jesús según la expresión paulina: «¡Cuán bueno, cuán dulce, cuán amigable es! Más honra ganó hoy Dios de bondad que antes de riguroso ... Honra de bueno, de manso y de perdonador. Si queréis ver qué día es el del nacimiento, un día en que dice San Pablo: Apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri. Apareció la benignidad y humanidad de Dios (Tit 3,4)» (Sermón 4 -Navidad- n.7). Es el nacimiento que llena de confianza: «Aparecido ya hoy la honra de Dios, y mayor honra de misericordioso y blando y perdonador que antes de poderoso y vengador. Ya hoy es día de mostrar Dios su misericordia. Esta señal os doy para que no perdáis de vista al Mesías: «infante envuelto en pañales, puesto en un pesebre» (ibídem, n.8).

La humildad del cuerpo de Jesús recién nacido, es el signo de su “blandura” como Dios “misericordioso”: «Y como en el cuerpo parece blandura, lo está en la santa Divinidad, que ésta es la grandeza de Dios: cual parece de fuera, tal está dentro, tan blando y tan misericordioso. ¡Bendito sea tal Dios y bendita sea su misericordia que a tal día nos dejó llegar, el día de la blandura de la misericordia de Dios!» (Sermón 4, n.9). Es la realidad de la encarnación redentora del Hijo de Dios: «El nació sin pecado y tomó a su cargo todos los pecados del mundo, hechos y por hacer, encima de sus hombros (cfr. 1 Pe 2,24; Is 53,4-5,11-12) ... ¿No os parece que es menester que lo envuelvan y lo pongan en un pesebre duro, y que haya frío y llore, y que desde luego comience a ganar para tantos hijos tan pobres que somos nosotros?» (Sermón 4, n.12).

Así se muestra la “ternura” del amor misericordioso de Dios, hecho niño que llora como nosotros y por nosotros:

«Niño, ¿para qué lloráis? Para que entiendan los pecadores, aunque hayan pecado, que se lleguen a mí sin temor; si se arrepienten de haberme ofendido. De ternura y de amor de su corazón llora el Niño. ¡Bendito Niño! ¿Quién os puso en ese pesebre sino mi amor? ... Y si miraseis aquel Niño con ojos limpios y entraseis dentro de su ánima, hallaríais un título que os diría esto: «Que estoy aquí llorando por ti», que desde su concepción tuvo conocimiento de Dios y sabía todos nuestros pecados y allí estaba llorando como cada uno de nosotros. Allí se acordaba de vos y lloraba vuestros pecados. Pues si está llorando por nuestros pecados, ¿qué peca-

dor habrá que no tenga confianza, si quiere enmendarse? ¿Hay cosa en el mundo que dé más confianza que es ver estar a Cristo en un pesebre llorando por nuestros pecados?» (Sermón 4, n.23).

Todo es cuestión de amor, a modo de un rey que “por amor” se humilla para servir y salvar (cfr. Sermón 5/1 -Epifanía-, n.4). La misericordia del Señor, mostrada por medio de la humanidad del Verbo hecho hombre, es a modo de desposorio con toda la humanidad, ya desde el seno de María: «Aquel Verbo salió del Padre Eterno y en el vientre de su bendita madre se desposó con nuestra naturaleza. Allí tomó nuestra naturaleza por esposa» (Sermón 6 –Caná- n.5). «Es tanta la misericordia suya, que tomará y casará contigo y te dará todos sus bienes» (ibídem, n.7).

La maternidad misericordiosa de María está, pues, profundamente relacionada con la humanidad de Cristo su hijo y, por tanto, con la máxima manifestación de *la ternura materna del amor misericordioso de Dios*. Ella está llamada a participar en la redención dolorosa de Jesús que hace patente el sentido misericordioso de su maternidad¹⁰.

3. LA MISERICORDIA EN RELACIÓN CON LA MATERNIDAD ESPIRITUAL DE MARÍA

La realidad materna de María es la de ser «Madre de Dios humanado» (Sermón 68, n.6). Es, pues, maternidad moldeada en el amor misericordioso de Dios manifestado por medio de la humanidad de Cristo, como acabamos de ver en los apartados anteriores. Ella «dio al Verbo de Dios el ser hombre, engendrándole de su purísima sangre, siendo hecha verdadera y natural Madre de Él» (*Tratado sobre el sacerdocio*, n.2).

Este tema es muy frecuente en las enseñanzas del Maestro. La trascendencia de Dios y también su justicia, se nos manifiestan ahora a nosotros por medio de la humanidad de Cristo, nacido de María. La acción materna de María incluye el darnos a Dios “humanado”, “blando” como el “pan”:

«El pan que hemos de buscar es el que la Virgen María parió en Betlem ... la Virgen nos dé este pan; ella nos está rogando con El, diciendo... “Ve-

¹⁰ Resumo el amor de Cristo con esta faceta de misericordia, en el estudio ya citado más arriba: «Juan de Ávila, una figura que trasciende su época», o.c. (n.1: El amor de Cristo y a Cristo, clave de su vida).

nid, que yo os tengo a Dios humanado; ya os lo traigo hecho hombre blando. Venid, que no lo quiero para mí sola, sino para todos”. Como un ama, cuando un niño no puede comer el pan, se lo moja en leche, para que esté blando y lo pueda comer, así la Virgen recibió a Dios puro, y dá-noslo humanado para que, pues antes era pan duro, Dios justiciero, lo recibamos blando, Dios humanado. De manera que, pues la Virgen tiene el pan, no nos moriremos de hambre; y por eso la Iglesia pinta a nuestra Señora con su Hijo en sus brazos» (Sermón 12,n.1).

Si María, como afirma el concilio, es «nuestra madre en el orden de la gracia» (LG 61), significa que está llamada a correr la misma suerte de Cristo Redentor, compartiendo su mismo dolor y en sintonía con su mismo amor. Su maternidad espiritual respecto a nosotros es un destello del amor materno de Dios. En su seno gestó a Cristo y a nosotros con él. En ella, Dios nos comunica el medio más adecuado para conocer a Cristo: «Conoceréis a vos (a Cristo) es conocer nuestro Redentor y nuestro remedio; y conocerla a ella es conocer el camino para gozar de vos y de vuestra redención» (Sermón 60, n.2).

Los gestos maternos de María respecto a la humanidad de Cristo cuando niño, son expresión de su acción materna hacia nosotros: «Tomas al Niño y lo mantienes para nosotros» (Sermón 4, n.27). En Cristo nos gestó, dio a luz y amamantó: «Parió un hijo para nuestro bien y remedio, tan lindo, tan rico, tan grande Señor. Así como supo regalar al hijo natural, envolverlo y darle leche, así sabrá criar los adoptivos; ella nos regalará, dará leche; ella nos socorrerá en nuestras necesidades. Buena es para muro, para amparo y remedio nuestro» (Sermón 62, n.46).

Es una acción materna que tiene como objetivo el remedio de nuestras necesidades. Ser «Madre de gracia» (Sermón 61) significa que «os será muy verdadera Madre en todas vuestras necesidades» (AF cap. 59, n.21). Tiene, pues, el sentido de compasión y misericordia (como veremos en el capítulo siguiente). El creyente es invitado a acudir a ella como “verdadera Madre”; así lo recuerda el Santo Maestro a invitar a celebrar su fiesta natalicia: «Nacida te es hoy para tu consuelo y remedio; ponla por intercesora entre Dios y ti; gime tus culpas y pecados y vete a ella, que como verdadera Madre te halagará, remediará y consolará» (Sermón 60, n.26).

Propiamente la biografía de Jesús en brazos de su Madre, desde niño o cuando después de muerto ella lo colocaría en el sepulcro, refleja el amor “materno” del mismo Jesús respecto a nosotros: «Tras nos anduviste desde que naciste del vientre de la Virgen, y te tomó en sus brazos, y te

reclinó en el pesebre, hasta que las mismas manos y brazos de ella te tomaron, cuando te quitaron muerto de la cruz, y fuiste encerrado en el santo sepulcro como en otro vientre» (AF cap. 69, n.2)¹¹.

Desde el nacimiento de Jesús, hasta su sepultura, el amor materno de María estaba amasado de dolor. Es amor hacia Cristo (Cordero preparado e inmolado) y hacia nosotros, por quienes Cristo se inmola:

«Yo lo mantendré para vuestro provecho ... ¿Qué te debemos Santa de las santas, Amorosa de las amorosas? ¡Que te dé Dios a su Hijo en tus entrañas, y tomas el Niño y lo mantienes para nosotros! Pensando estaba la Virgen cuando lo envolvía y lo tenía en sus brazos: “Este Cordero estoy manteniendo para los hombres; yo trabajaré, tejeré y hilaré de mis manos para mantenerlo para los hombres”. ¡Y que no te agradezca yo que me diste un Cordero mantenido treinta y tres años, Cordero gordo sin mancha!» (Sermón 4 -Navidad- , n.27).

Esta maternidad de María respecto a Cristo y respecto a nosotros, fue dolorosa, pero era una pena compartida por el mismo Cristo por amor nuestro. Por esto, uno de los dolores más profundos de Jesús durante la pasión, fue «la carga de la compasión que de su sagrada Madre llevaba», la cual estaba «muy llena de pena, como lo iba El» (Sermón 37, n.10).

El dolor de María, especialmente durante la pasión de su hijo, está en relación directa con nuestra salvación. En este sentido, nosotros somos la “causa de sus dolores”: «Nosotros somos la causa de la pasión de Jesucristo y de las angustias de su Madre» (Sermón 67, n.2). Así se explica la instancia de San Juan de Ávila cuando nos invita a acompañarla en su dolor: «Cada uno en su rinconcillo... y estar allí con ella, pues sois la causa de sus dolores... Todo cristiano debe gastar este día en acompañar a la Virgen, que fue hoy lastimada en gran manera» (ibídem, n.3)¹².

La magnitud del dolor o «angustia» de María se mide por su «amor». Es un tema parecido al que ha hemos visto en el apartado anterior, donde se ha explicado el dolor de Cristo en relación con su amor:

¹¹ San Juan de Ávila describe este momento de la sepultura como una asociación del Corazón de María con el de Cristo; por esto «el Corazón dentro se quedaba» (Sermón 67, n.39).

¹² La “soledad de María” queda descrita en el sermón 67, que tiene como título: “¿A quién te compararé, Hija de Sión?” (cita: Lam 2,13). El dolor de María tiene el sentido de estar ella asociada a su Hijo.

«¿Quién medicinará tus angustias? ¿Quién pondrá tasa y medida a tus dolores? ¿Quién bastará a contar tus penas? ¿Quién contará lo que tal día como hoy padeciste? Cuán grande es el amor que ardía en tu corazón, tan grande es el angustia. Si supieseis conocer cuán grande es el amor que esta Virgen sacratísima tenía a su Hijo, sabríais conocer el dolor que hoy ha pasado por ella; pero, como no se puede conocer el amor, así también no se entiende el dolor que recibió» (Sermón 67, n.17).

Ahora bien, este dolor de María, relacionado con su maternidad respecto a nosotros, tiene la connotación de un sufrimiento debido a nuestros pecados. Pero esta connotación de nuestra culpabilidad queda enmarcada en el amor que Cristo nos tiene. En este amor de Cristo por nosotros, se explica el dolor de María durante la pasión. Se trata de «oveja y su Cordero inocentísimo», que sufren por culpa de nuestros pecados (cfr. Sermón 67, n.6). Al describir el dolor de la Virgen, el Maestro Ávila pregunta al Señor y recibe su respuesta: «Por qué moristeis, Señor? Por el amor que te tuve... ¿Por qué, Señor, afligiste tanto a la Madre y al Hijo? ¿Qué culpa tienen? Ovejas son inocentísimas. El amor que tuvo a los hombres Jesucristo, eso es» (Sermón, n 67, n.8).

Para acentuar el significado de la maternidad dolorosa de María, respecto a Cristo y respecto a nosotros, el santo se pregunta de nuevo sobre este dolor y encuentra la solución en el amor que Cristo tenía por nosotros:

«¿No bastaba matar al hijo y ponerle en una cruz, sin matar también a la Madre? ¿Por qué se cuece a Jesucristo en las lágrimas de su Madre? Si lo queréis asado, asado está en el fuego de tan grandes tormentos, asado lo tiene el fuego del amor, que en su benditísimo corazón ardía mientras estaba padeciendo en la cruz, y si lo queréis cocido, cocido está en lágrimas, que de los ojos de su sacratísima Madre salían, viendo lo que estaba padeciendo» (Sermón 67, n.9).

El dolor de María no sólo está relacionado íntimamente con su dolor, sino que el grado de este dolor hay que medirlo por el grado de su amor. En María, a modo de “mar”, se junta todas las gracias, todo el dolor y todo su amor:

«Llamóle mar, así acá alléguese todas las virtudes que están repartidas por muchos en un lugar, toda la santidad, toda la castidad, toda la fe y la esperanza y la caridad júntense en esta Virgen bendita muy más perfecta-

mente que en otra persona ninguna , y júntense también todos los dolores, las angustias, la tristeza y lágrimas el día de hoy en esta Virgen, y llámese María» (Sermón 67, n.15)¹³.

Encontramos aquí otro aspecto del amor en relación con el dolor. Porque el dolor de la maternidad de María encuentra su fuente en el mismo amor que Dios tiene por ella al estar unida al Hijo de Dios: “¡Oh Señor!, ¿y tan cara vendéis a esta Virgen vuestra privanza? Si mucho la amasteis, mucho la afligisteis; si muy santa la hicisteis, mucho la angustiasteis; a la medida de amor que tuvisteis, fue el doble que ha pasado” (Sermón 67, n.11).

Como en todos los demás contenidos de la predicación, el Maestro Ávila, después de fundamentar las enseñanzas, quiere llegar a un compromiso concreto por parte de los creyentes: «Por tu amor atormentan hoy a la Madre y al Hijo; sábelo por amor suyo conocer y agradecer; sábeto aprovechar. No hayan ahora padecido la Madre y el Hijo tan grandes trabajos y tormentos en balde; en balde sería si no hubiese quien se aprovechase del fruto de ellos» (Sermón 67, n.16).

Volviendo a la metáfora de “oveja”, como madre de “su Cordero” (Sermón 67, n.4), ahonda en el significado de cooperación en la redención realizado por Cristo. Y esta asociación y cooperación explica su dolor, para recordar la malicia del pecado y, sobre todo, la gran misericordia del amor de Dios. Se puede notar el trasfondo de la “nueva Eva”:

«Qué hizo esta Virgen, Señor, que así la habéis amargado el día de hoy, y qué culpa tiene y qué mereció, porque así la afligiste? ¿Qué hizo esta oveja inocente, Señor? Por donde se perdió el mundo, por ahí se ha de tornar a cobrar. Hombre y mujer le han de tornar a cobrar. ¡Negra manzana y negros deleites, qué caros habéis costado al Hijo, y por eso a la Madre! Adán y Eva perdieron el mundo; Cristo y María lo han cobrado» (Sermón 67, n.15)¹⁴.

¹³ La imágenes en las que se describe a María con las siete espadas, recuerdan el “mar” de sus sufrimientos: «Oh virginal corazón! Pintáisla con siete cuchillos, ¡con setecientos la habíais de pintar! No tienen cuenta las gotas de la mar y sus arenas, no tienen cuenta las estrellas del cielo con los dolores de la Virgen María» (Sermón 67, n.19).

¹⁴ Ella había sido escogida para que «ayudase al segundo Adán, Cristo, a restaurar lo que el primer hombre y mujer echaron a perder» (Sermón 68, n.21).

La maternidad de María abarca propiamente toda su vida y descifra la interioridad de su Corazón. Al estar asociada a Cristo Redentor, quedó «herida con su amor, que era ley de su Corazón» (Sermón 70, n.21). Y así se explica su amor de totalidad; vivió plenamente libre para amar: «Libre, vacío de todas las cosas de la tierra y verdaderamente pobre estaba el Corazón de la Virgen, por darse desembarazada al que de verdad lo merece poseer» (Sermón 71, n.9). Sólo el amor puede explicar la realidad de gracia que Dios puso en María: «Quien cavare más en el Corazón de la Virgen, hallará en lo más dentro de él una mar abundantísima de gracia y amor, de la cual salían las virtudes así como ríos» (Sermón 69, n.16).

Este dolor, que queda enmarcado en los designios de Dios sobre la Encarnación y la pasión dolorosa de su Hijo, explica el amor de María a modo de ternura materna. Ella nos ama con el mismo amor que Dios ha infundido en su Corazón: «Como fue allí derramado el Espíritu Santo abundantemente en su corazón y entrañas, ámanos en gran manera, ámanos entrañablemente... como a hijos adoptivos nos tiene» (Sermón 32, n.3). Por esto, «mucha es la ternura de su Corazón maternal para con nosotros» (Sermón 68, n.17). Como buena madre, que ha sufrido tanto, nos muestra «muy amoroso y maternal Corazón» (Sermón 69, n.39). La invitación es para cada uno: «Corazón de Madre tiene la Virgen contigo» (Sermón 71, n.29).

Así se explica por qué su “virginal Corazón”, por el hecho de haber sido «lastimado» en la pasión (Sermón 67, n.20), es «el Corazón más tierno del mundo» (Sermón 67, n.33). Todos los momentos de la pasión fueron como «una lazada que atravesaba el Corazón de la Virgen» (Sermón 67, n.19).

La unión de María con Cristo durante toda su vida y especialmente durante la pasión, se ha comparado con la fe de Abraham, dispuesto a inmolar su hijo. El amor que Dios espera de María es una entrega mayor, porque su vida pertenece totalmente a la de Cristo Redentor: «A quién te compararé? A Abraham mandóle Dios que subiese al monte y sacrificase a su hijo, pero después contentóse Dios con sola su obediencia de corazón ... mas la Virgen nuestra Señora no así. Al monte Calvario subió con su hijo; mas no le trujo a la vuelta consigo, que allá le dejó» (Sermón 67, n.14)¹⁵.

¹⁵ Dios le pidió lo que más amaba: «¿Qué era lo que más amabas? ¿Por ventura no era Jesucristo? El uno y solo era tu consuelo y esposo, tu Hijo, tu alegría, tu remedio; Él solo te era todas las cosas; con solo Él estabas, Señora, contenta y ninguna cosa echabas

Su amor de Madre fue, pues, amor doloroso: “Con alegría, Señor, le recibí, y con grande dolor te lo torno. Grande fue el gozo que mi ánima recibió el día que el ángel me trajo la nueva de que le había de parir; pero grandísimo dolor sentí en mi corazón el verle partirse de mí con tanto trabajo” (Sermón 67, n.21).

Es una característica especial del Maestro Ávila la descripción de la espera dolorosa de María, durante años, para ir al encuentro de Cristo el día de su propia Asunción. Era un “martirio de amor”. Su amor a Cristo y a la Iglesia (Cuerpo Místico de Cristo) se le convierte en dolor:

Oh Virgen gloriosa, que de una misma fuente os nace lo dulce y amargo, lo que os hace a Dios agradable y lo que os martiriza! El amor, y grandísimo amor, que sobrepuja todo conocimiento, que a Dios tuvisteis, éste os hace alta, y agradable, y bienaventurada en su acatamiento; y este mismo a la medida de su grandeza, os atormenta como gran sayón (Sermón 70, n.9).

Este dolor de la espera, que continúa siendo su amor de Madre, se describe como «amargura de la ausencia» del Hijo amado (Sermón 70, n.10). Es una «herida que da salud», porque nace del amor: «¿Quién contará los misterios del amor que entre Dios y la Virgen pasaban, hiriendo Él a ella con la contemplación de su hermosura y de su bondad, y ella a Él con amarle y pensar en Él con grandísima fidelidad?» (ibídem, n.14). Es importante la conclusión a que se llega para la Iglesia, porque, como María, la comunidad cristiana se siente «aparejada a padecer el martirio de amor» (ibídem, n.21)¹⁶.

menos; teniendo a Él, ninguna cosa faltaba; faltándote Él, todo tu bien has perdido; no lo trocaras por cielos y tierra» (Sermón 67, n.13).

¹⁶ Ver algunos aspectos de la maternidad espiritual de María, también en relación con la Iglesia: J. ESQUERDA BIFET, «María la creyente, figura de la Iglesia creyente en san Juan de Ávila», *Estudios Marianos* 80 (2014) 187-210; IDEM, «La doctrina mariológica del Maestro san Juan de Avila», *Marianum* 62 (2001) 91-114; IDEM, «Vivencia de los textos evangélicos sobre el Misterio de Cristo desde el Corazón de la Madre de Jesús: El Misterio de María, lugar del encuentro teológico», *Estudios Marianos* 82 (2016) 317-357; A. P. GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, «La actuación de María en la Iglesia de Cristo según San Juan de Ávila», *Scripta de Maria* 9 (1987) 109-147.

4. MARÍA, MADRE DE MISERICORDIA

Hemos visto en el apartado anterior cómo la maternidad de María es dolorosa en relación con la profundidad de su amor, como trasunto del amor de Dios hacia nosotros, manifestado especialmente por medio de Cristo su Hijo y nuestro Redentor. Ahora relacionamos esta realidad salvífica con su maternidad dolorosa en su faceta de “misericordia”, que siempre dice relación con la “ternura materna” de Dios, y que se concreta en ayudar a nuestra realidad humana necesitada de amor, perdón y ayuda.

La maternidad dolorosa de María indica su fecundidad que trasciende el tiempo histórico, en cuanto que se actualiza en la historia. Desde la Iglesia primitiva hasta hoy y hasta la “parusía” o última venida del Señor, María continúa ejerciendo su maternidad fecunda, que es misericordiosa. Por el hecho de haber participado de modo especial en los dolores de su Hijo, también puede ahora (ya “asunta” o glorificada) participar en el amor misericordioso que nos tiene su Hijo resucitado. No hay que olvidar que todo lo referente a María, indica dependencia de su Hijo, el Redentor.

El cántico de María (el “Magnificat”), por ser canto de misericordia, consolida nuestra confianza en la misericordia divina. María, que ha experimentado esta misericordia en su propia “nada”, nos acompaña y ayuda en esta experiencia. Es la enseñanza de San Juan de Ávila: «Tengáis confianza en su misericordia (de Dios) que acabará con vos lo que ha comenzado ... según lo cantó aquella bendita y sobre todas humilde María, diciendo: La misericordia de él de generación en generación sobre los que le temen (Lc 1,50)» (AF cap.67, n.2)¹⁷.

El título de “Madre de misericordia”, lo explica el Santo Maestro en el sermón 60, citándolo repetidas veces (cfr. nn.6, 18, etc.). Es el primer sermón sobre la natividad de María, en el que aplica a la Madre de Jesús la comparación del “alba”, como medianera entre la noche y el día en la salida del sol. Su explicación se resumen en esta oración:

¹⁷ Recuérdese la afirmación del Papa Francisco: «Custodió en su corazón la divina misericordia en perfecta sintonía con su Hijo Jesús. Su canto de alabanza, en el umbral de la casa de Isabel, estuvo dedicado a la misericordia que se extiende “de generación en generación” (Lc 1,50). También nosotros estábamos presentes en aquellas palabras proféticas de la Virgen María» (Misericordiae Vultus n.24). Ver la voz “Magnificat” en el Diccionario de San Juan de Ávila, o.c., pp.584-585.

«¡Oh Niña para siempre bendita, la más cercana a Dios humanado de cuantas hay en el cielo y en la tierra! Él es cabeza, y la cosa más cercana a Él es el cuello... sois enfermera del hospital de la misericordia de Dios, donde los llagados se curan... creemos que os dotó Dios de tanta misericordia, que vuestra limpieza y pureza no se desdeña ni alanza de sí a los pecadores llagados, mas que cuanto es mayor su necesidad, tanto más vuestra misericordia os mueve a su remedio, conformándoos con vuestro Hijo bendito, que no vino a llamar justos, sino a pecadores a penitencia (cfr. Mt 9,13)» (Sermón 60, n.32)¹⁸.

Continuando la comparación del alba o de la “aurora”, subraya que ella, como “aurora”, anuncia el “día... de la Encarnación de Dios”. Es, pues “día de misericordia”, que hace de ella “madre de misericordia”, equivalente al título “madre de gracia”: «Pues para tal día como este de la encarnación de Dios, tal mañana se requiere como la bienaventurada Virgen. Que si aquel día es día de salud, ella es alba saludable; si día de misericordia, ella es madre de misericordia; si día de gracia, ella es madre de gracia» (Sermón 61, n.6).

La compasión que siente María por nuestra realidad de pecadores o de sufrimiento, corresponde a su razón de ser, pues todo lo que Dios ha hecho en ella es para mostrar su misericordia para con nosotros: “¿No creeré yo, Señora, que te apiadarás de los pecadores, que te crió Dios para ellos?” (Sermón 63, n.16). Por esto, ella está siempre disponible para escuchar, acompañar, ayudar, como «muy aparejada para socorrer a cualquier persona en cualquier tiempo y negocio en que la llamare» (Sermón 69, n.42). Toda ella está marcada por el sello de la misericordia de Dios que siempre abarca a toda la humanidad: «teniendo el sello de su misericordia abierto para recibir a todos» (Sermón 71, n.27).

¹⁸ Los sermones marianos de San Juan de Ávila corresponden a las fiestas marianas del año litúrgico: Natividad (nn.60-62), Presentación de Nuestra Señora (n.63), Purificación de Nuestra Señora (n.64), Anunciación (n.65, dos redacciones), Visitación (n.66), Soledad (n.67), Virgen de las Nieves (Santa María Mayor, n.68), Asunción (nn.69-72). Textos completos en: *San Juan de Ávila, Obras completas*, BAC, Madrid 2002, vol.III. Estudios: A. MOLINA PRIETO, «Los tres sermones asuncionistas de San Juan de Ávila», en *Virgo Liber Verbi*, Marianum, Roma 1991, 281-309; J. ESQUERDA BIFET, «El año litúrgico en los sermones de san Juan de Ávila», en AA.VV., *Fovenda sacra liturgia. Miscelánea en honor del Dr. Pere Farnés*, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2000, 427-442; IDEM, «La espiritualidad del itinerario litúrgico en san Juan de Ávila», *Liturgia y Espiritualidad* 43 (2012) 459-467; J. I. RUIZ ALDAZ, «La teología de los sermones de San Juan de Ávila», *Scripta de Maria* 9 (2012) 275-311. Ver otros estudios sobre el ministerio de la predicación, en el cap.5 del presente estudio.

Esta maternidad de misericordia la muestra a ella como «la más solícita y cuidadosa de nosotros» (Sermón 25, n.2), porque «tiene puestos en nosotros sus ojos de misericordia» (Sermón 58, n.1). Al acudir a ella para «implorar su misericordia», se experimenta enseguida su cercanía materna, «sentirás que ni ella es sorda para oírte ni tus oraciones y servicios saldrán en balde» (Sermón 60, n.24), porque «es muy grande la misericordia de la Virgen, a muchos se extiende: para todos los que la llaman» (Sermón 62, n.48).

La devoción mariana de los fieles indica no sólo su imitación, sino también el hecho de pedir su intercesión materna que tiene en cuenta nuestra realidad de hijos suyos, aunque necesitados y pecadores: «¡Oh si supiésemos qué bienes tiene quien a la Virgen tiene!... que no sólo la Virgen es Madre de los justos, mas también abogada para alcanzar perdón al pecador» (Sermón 66, n.17).

Estos principios, que tienen una profunda dimensión cristológica, se pueden intuir también en las realidades de gracias que, por medio de ella, Dios ha concedido a la Iglesia. De estos favores, se puede concluir que «después de Dios», ella es «esperanza única de los pecadores» (Sermón 70, n.72). Es decir, Dios muestra su misericordia por medio de Jesucristo, nacido de María. El Santo Maestro poner la comparación de un “libro” que se podría escribir, narrando los innumerables beneficios concedidos por medio de ella a través de toda la historia (cfr. Sermón 65 -1-, n.12 y 28, y todo el Sermón 65 -2-). En todos estos favores, ella muestra siempre «encendidas entrañas de su caridad» (Sermón 70, n.37)¹⁹.

Su misericordia materna está profundamente relacionada con su dolor, no sólo durante toda la vida del Señor y especialmente durante la pasión, sino también, ya acompañando a la Iglesia primitiva, cuando ella esperaba y ansiaba el encuentro definitivo con su Hijo, teniendo su Corazón herido por «cuchillo de amor» (Sermón 70, n.9). Efectivamente, «engendraba en su Corazón una llama de amor que la abrasaba y hacía desear con todas sus fuerzas ver ya aquel que tan singulares mercedes le había hecho» (ibídem, n.11). Era un amor y dolor fecundo para el bien de todos sus hijos redimidos por Cristo.

¹⁹ En este contexto se entiende mejor la afirmación: «Universal limosnera de todas las gracias» (Sermón 71, n.22). Porque «cualquiera que a ella llamare, por ella le oírás Dios» (Sermón 62, n.44).

Este tema de la maternidad misericordiosa de María, le sirve al Santo Maestro para instar a los fieles a ser consecuentes con la redención dolorosa realizada por Cristo con la cooperación de su Madre y nuestra: «Por tu amor atormentan hoy a la Madre y al Hijo; sábelo por amor suyo conocer y agradecer; sábetelo aprovechar. No hayan ahora padecido la Madre y el Hijo tan grandes trabajos y tormentos en balde; en balde sería si no hubiese quien se aprovechase del fruto de ellos» (Sermón 67, n.16).

En la descripción de los dolores de María durante la pasión y muerte de Cristo (como hemos visto ya en el capítulo precedente), el Santo Maestro pone de relieve el dolor de María que es para el bien de sus nuevos hijos, nosotros los pecadores. Su misericordia materna se inspira en la misericordia divina:

«Padre de misericordia decía la Virgen, veis aquí vuestra esclava, cúmplase en mí vuestra voluntad, Este Hijo me distes; con gran alegría le recibí. Veisle, ahí os lo torno; vos me lo distes, vos me lo quitaste, cúmplase vuestra santísima voluntad; esclava soy para todo lo que vuestra majestad quisiere hacer de mí. El día de mi alegría os canté: Engrandezca mi ánimo al Señor y gócese mi espíritu con Dios mi salud (Lc 1,46-47); el día de mi tristeza y dolores suplicóos le recibáis en agradable sacrificio por los pecados de los hombres» (Sermón 67, n.35)²⁰.

Pero el Maestro también se pregunta el por qué Dios permitió la aflicción de María. Y él mismo se responde indicando que la fuente de este dolor de María es el amor del mismo Dios para con ella: «¿Qué hizo su virginal corazón... que así la habéis hoy lastimado, que así la habéis hoy entristecido?... ¿Por qué tanto la habéis afligido el día de hoy?» (Sermón 67, n.10). Ella ha sido «la más santa y la más lastimada, la más querida y la más angustiada, la más alta y la más abajada... Si mucho la amastes, mucho la afligistes... a la medida de amor que tuvistes, fue el doble que ha pasado» (Sermón 67, n.11)²¹.

²⁰ Invita con insistencia a acompañarla como buenos hijos: «Gastad ahora, por reverencia de Dios, este día en acompañar a la Viuda, y dalla cada uno en su rincón ayudarle a llorar y a estar allí con ella, pues sois la causa de sus dolores. Celebrad la pasión de Jesucristo, si queréis sentir los gozos de su resurrección» (Sermón 67, n.3).

²¹ Este tema que, en parte, ya lo hemos descrito en el capítulo precedente (cap.3), lo explica de modo sucinto con una metáfora impresionante: «¿Por qué se cuece a Jesucristo en las lágrimas de su Madre? ... cocido está en lágrimas, que de los ojos de su sacratísima Madre salían, viendo lo que estaba padeciendo» (Sermón 67, n.9).

Tratándose, pues, del amor de Dios, que es infinito, y del amor de María para con Dios y para con su Hijo, su dolor procede de su pertenencia al Redentor: Ella era «la más desconsolada, la más afligida de cuantas hubo ni habrá», precisamente porque todo su bien era Jesucristo: «No te quedó consuelo ni arrimo en la tierra, muerto tu santísimo Hijo, porque en él tenías todas las cosas... Al monte Calvario subió con su hijo; mas no le trujo a la vuelta consigo, que allá le dejó» (Sermón 67, n.13).

La devoción que los fieles tiene a la Virgen Dolorosa, Madre de misericordia, ayuda a recordar los dones que ella ha recibido de Dios: «No hay quien le iguale en el dolor, como no hay quien le llegue en la santidad» (Sermón 67, n.15). Cuando los cristianos recuerdan «los dolores de la Virgen María» (Sermón 67, n.14), no pueden olvidar que su «angustia» era tan grande como su «amor» (Sermón 67, n.17)²².

Pero precisamente la descripción de este dolor de María, es para mostrar hasta dónde llega su amor misericordioso, capaz de compadecerse de todas nuestras aflicciones: «Fue el más tierno corazón el suyo de cuantos ha habido en el mundo» (Sermón 67, n.33). Sus dolores son la muestra de cuánto costó nuestro rescate: «¡Oh pecadores, cuán caro me costáis!... Aquí se cumplió el conformarse con la voluntad de Dios» (ibídem, n.36).

La preocupación materna de María por sus hijos descarriados, según el Maestro Ávila, comenzó inmediatamente después del Calvario, ya en el Cenáculo, preocupada por la recuperación de los discípulos descarriados:

«Llama a San Juan: Di, hijo mío, ¿adónde están mis hijos? Vuestros hermanos, ¿dónde están? Los racimos de mi corazón, los pedazos de mis entrañas, ¿adónde están? Traérmelos acá. Dejad eso, Señora; harto tenemos ahora en qué entender con el muerto, dejad ahora los vivos. No, no, dijo la Virgen; baste mi dolor, no añadáis dolor a dolor; bástenme mis angustias; traédmelos, que no descansaré hasta que vea los discípulos de mi Hijo. Que no digáis eso, Señora. ¿Quién ha de osar venir? Todos huimos cuando le prendieron; Pedro le negó. Que no querrán venir de ver-

²² La descripción que hace el Maestro sobre Jesús muerto en las manos de su Madre, es una invitación a que sus hijos aprendan a llorar con ella: «Comienza la Virgen de allegarle (ponerle) las manos a la cabeza y topaba con las espinas... todos los cabellos llenos de sangre... ¿Este es el cuerpo que yo tan tiernamente trataba y envolvía?... Lloran la Madre, lloran cuantos están presentes» (Sermón 67, n.32).

güenza. No digáis tal; traédme los, que yo les prometo perdón de mi Hijo» (Sermón 67, n.42)²³.

En la vida de todo cristiano acontecen momentos de pena y dolor. Son momentos para vivirlos con María, recordando su maternidad dolorosa: «Cuando a alguna persona mucho le doliere ofrecer algo a Dios, acuérdesese de este dolor de la Virgen y este ofrecimiento que hizo, y sosegarse ha su dolor» (Plática 16^a). «Acuérdesese de la Madre de Dios, que al pie de la cruz estaba en pie, y con corazón esforzado entre tantos trabajos. Y si parte quiere del gozo de ello, téngala en las penas con ella» (Carta 212).

Es muy importante, para conocer el pensamiento y vivencia de nuestro santo, la descripción que hace del ejercicio de la maternidad de María en la Iglesia primitiva. Aunque ella, por su profundo dolor de la «ausencia» del Hijo, estaba «enferma de amor» (Sermón 69, n.24), era un «martirio» que repercutía no sólo la comunidad eclesial de entonces, sino también «para provecho de los futuros creyentes» (Sermón 70, n.43).

El significado de su dolor materno tiene estos matices de “compasión” o misericordia, y de una realidad (la de María) que se hará permanente en toda la historia eclesial: «Tengo hijos en el mundo, la salvación de los cuales deseo con muy amoroso y maternal corazón... no he perdido la compasión de ellos... Este cuidado tendré hasta que el mundo se acabe» (Sermón 69, n.39).

Precisamente esta actitud materna de María, era un estímulo para que los nuevos creyentes reconocieran el amor de Cristo Redentor y, por tanto, el mismo amor de Dios:

«¿Quién contará el deseo que daba a los que se convertían a la fe de Jesucristo bendito, de ver a la Madre del Hijo, que era su Redentor y su Dios? Adoraban, alababan al Hijo, gozaban de sus trabajos y redención; y como

²³ Esta descripción impresionante, continúa: «Llega San Juan (donde está Pedro): No más, no más, hermano; anda acá, que nuestra Madre la Virgen te llama, y a todos. , Quitá allá (responde Pedro), no me digas eso, ¿y parecer había yo delante de la Madre de mi Maestro? Hombre que tuvo cara para huir, ¿quieres que la tenga ahora para parecer? Calla, hermano, que perdonarte ha; ¿no conoces ya su misericordia? La Madre me ha prometido de alcanzar perdón; anda acá, no hayas vergüenza ... Anda acá, Pedro, no digas tal; ¿tan poca confianza tienes de nuestro Maestro? ¿Por qué dices eso? ¿No sabes cuán blando es y cuán amoroso? Anda acá, que su Madre y nuestra te flama; hazte ahora amigo con ella, y luego te alcanzará perdón. Anda, vámonos, no hayas vergüenza» (Sermón 67, n.43).

gente agradecida deseaban ver y agradecer el árbol que tal fruto dio, y echábanle mil cuentos de bendiciones» (Sermón 70, n.35).

En todas las épocas de la historia de la Iglesia, la fe cristiana se vive entre dificultades; es la fe «de aquellos que habían de nacer mientras el mundo durase», sabiendo intuir una presencia de María en lo que parece “ausencia”: «Por ventura nos será mayor provecho que si entonces gozáremos de su presencia» (Sermón 70, n.45). Por esto, el Maestro invita a vivir así: «Se esperasen un poco y perseverasen en la fe y buena vida que habían comenzado, y que presto irían ellos donde ella iba, y estarían todos juntos sin se apartar para siempre jamás» (Sermón 70, n.61).

La descripción que hace San Juan de Ávila sobre la fe de la Iglesia primitiva, es armónica con los textos de los Hechos de los Apóstoles, de vivir en sintonía de sentimientos y oración con la Madre de Jesús (cfr. Hech 1,14), para que, escuchando la predicación y celebrando la Eucaristía, llegaran a ser «un solo corazón y una sola alma» (Hech 4,32):

«¿Quién dirá de cuán buena gana. cuán llenos de confianza y devoción iban a ella, así por deseo de verla como por ser enseñados en sus dudas, confortados en sus trabajos y aprovechados en todo lo que convenía a sus ánimas?... y después de su muerte, de los que habían de ir a ver a su Madre sagrada y gozar de su doctrina y de los apóstoles... y después venían a ver la casa del Dios de Jacob, que era la Virgen sagrada, templo santo de Jesucristo, para ser enseñados de los caminos de los mandamientos de Dios y las sendas de sus consejos; que para lo uno y lo otro y para todas cuantas necesidades traían les daba suficiente consejo y remedio la prudentísima y santísima Madre» (Sermón 70, n.36).

Me parece ver en estas afirmaciones del Maestro, lo que hoy llamamos “teología narrativa”, o tal vez sería mejor calificarlo de “teología relacional”, a modo de exposición objetiva y vivencial de la fe de la Iglesia de todos los tiempos, aprendiendo la propia maternidad eclesial en las “entrañas santísimas” o amor materno de María:

«¿Con qué ojos miraba la Virgen bendita aquella gente convertida a la fe de su Hijo, que a ella venía, pues había amado tan de corazón la salvación de sus ánimas y gracia del Señor, que por el santo bautismo habían recibido, que, porque ellos tuviesen el bien que tenían y viviesen en gracia delante de los ojos de Dios, ella ofreció a la muerte de cruz a su Hijo

unigénito? Y por eso sus entrañas santísimas se henchían de consolación viendo que el fruto de la Pasión de su benditísimo Hijo no salía en balde, pues por el mérito de ella tanta gente se convertía a El. Y parecíale que acoger y regalar, enseñar y esforzar a los que a ella venían, era recoger la sangre de su Hijo bendito, que delante los ojos de ella se había derramado por ellos» (Sermón 70,, n.37).

El Maestro no se queda en una descripción hipotética, aunque esté fundamentada en la realidad histórica y salvífica, sino que, a modo de conclusión, invita todos los creyentes a vivir en sintonía con su amor materno, doloroso y misericordioso:

«Así pasemos nosotros, acompañando y consolando a la Virgen y llorando con ella tanto dolor como por nuestra causa le vino; y esta Señora, por cuya honra os juntasteis aquí, os la pagará rogando por vosotros cuando le llamareis. Consolaros ha en vuestras tibiezas socorremos vuestros trabajos; alcanzaros ha gracia y después gloria, ad quam nos perducatur. Amen» (Sermón 67, n.45).

La *maternidad espiritual de María* es, pues, esencialmente *maternidad de misericordia*, como reflejo de la misericordia materna y paterna de Dios, manifestada especialmente por medio de la humanidad de Cristo. La acción del Espíritu Santo (acción “espiritual”) la hace Madre “espiritual” como instrumento para nuestra filiación que participa de la filiación del mismo Cristo²⁴.

5. LA ESPIRITUALIDAD MARIANA DEL SACERDOTE Y DE TODO APÓSTOL EN RELACIÓN CON SU ACTITUD MINISTERIAL DE MISERICORDIA

La espiritualidad mariana del sacerdote no aparece de modo sistemático en las enseñanzas del Santo Maestro, pero se puede constatar una referencia continua a María cuando se trata de la vida y del ministerio sacerdotal. El mismo Maestro es modelo de esta “espiritualidad” o devoción, al presentar a María espontáneamente en casi todos sus sermones y frecuentemente en su epistolario. Para nuestro tema, no interesa más el aspecto materno de esta relación entre María y el sacerdote.

²⁴ Analizo estos y otros aspectos de la maternidad de misericordia de María. en «La Virgen Dolorosa, Madre de la esperanza, en Juan de Ávila», *Estudios Marianos* 81 (Toledo, 2015) 113-130.

Como puede intuirse fácilmente en el decurso de este estudio, la relación del sacerdote con María tiene un contenido que puede aplicarse a todo apóstol, salvo cuando se trata de obrar ministerialmente en nombre de Cristo.

Todo el ministerio sacerdotal, pero especialmente la celebración eucarística, deja entrever una especie de paralelismo entre la maternidad de María (que concibe y da a luz a Jesús) y el ministerio sacerdotal a modo de maternidad implícita por hacerlo presente en el sacrificio eucarístico:

«Mirémonos, padres, de pies a cabeza, ánima y cuerpo, y vernos hemos hecho semejables a la sacratísima Virgen María, que con sus palabras trujo a Dios a su vientre, y semejables al portal de Belén y pesebre donde fue reclinado, y a la cruz donde murió, y al sepulcro donde fue sepultado ... Y el sacerdote le trae con las palabras de la consagración, y no lo trajeron los otros lugares, sacando a la Virgen. Relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios; a los cuales nombres conviene gran santidad» (Plática 1ª, n.6).

Donde aparece con más claridad el significado materno del ministerio, es en el ejercicio de la predicación y de los servicios de caridad en la comunidad. El modo de ejercer estos ministerios supone, por una parte, el celo apostólico parecido al deseo de una madre de ver nacer a sus hijos. Pero, por otra parte, este servicio ministerial y maternal no surtiría efecto sin el amor materno de quien ejerce este apostolado.

En toda la actuación ministerial se necesitan «corazones de madre» por parte de los apóstoles y, más concretamente, por parte de los pastores. Es el celo apostólico como amor de madre: «Que si hubiese en la Iglesia corazones de madre en los sacerdotes que amargamente llorasen de ver muertos a sus espirituales hijos, el Señor, que es misericordioso, les diría lo que a la viuda de Naím: No quieras llorar (Lc 7,13). Y les daría resucitadas las ánimas de los pecadores, como a la otra le dio a su hijo vivo en el cuerpo... Entendamos que nosotros somos los ojos de la Iglesia, cuyo oficio es llorar los males todos que vienen al cuerpo» (Plática segunda, nn.16 y 19).

Este sentido materno del apostolado sacerdotal, comparado al llanto de la viuda de Naím, lo expone también para urgir al camino de la perfección, tal como queda expuesto en e *Audi Filia*:

«Que, cierto, si hubiese viudas en Naím, que amargamente llorasen a sus hijos muertos, usaría Cristo de su misericordia para los resucitar en el ánimo, como lo usó con el hijo de la otra en el cuerpo, de quien el Evangelio hace mención. No debe dormirse el que en la Iglesia tiene oficio de orar e interceder por el pueblo con afecto de madre» (*Audi Filia*, cap.2, n.3).

En el *Tratado sobre el sacerdocio*, este celo apostólico se compara al amor de padre y madre. La fuente de este celo es el amor a Cristo que le ha cautivado el corazón: «Tener verdadero amor a nuestro Señor Jesucristo, el cual le cause un tan ferviente celo, que le coma el corazón» (*Tratado sobre el sacerdocio*, n. 39). Es, pues, amor «para con sus parroquianos, de verdadero padre y verdadera madre» (*ibídem*)²⁵.

Como en toda la predicación del Santo Maestro, estas exposiciones le llevan a señalar y urgir, para los sacerdotes, una verdadera vida evangélica, que es presupuesto necesario de la fecundidad apostólica. Y aquí es donde aflora la imagen de una madre, que sufre en su parto, según la imagen paulina (cfr. Gal 4:19). Este sufrimiento significa el desprendimiento de todo lo que pueda estorbar al seguimiento de Cristo y a la misión recibida de él: «Quien no mortificare sus intereses, honra, regalo, afecto de parientes, y no tomare la mortificación de la cruz, aunque tenga buenos deseos concebidos en su corazón, bien podrán llegar los hijos al parto, mas no habrá fuerza para los parir» (*Sermón 81*, n.5).

El dolor del apóstol surge de estar enamorado de Cristo y, llamado por él, se ha dedicado a salvar las almas, es decir, a recuperar la “esposa” de Cristo que es toda la humanidad y especialmente la misma Iglesia: «Si de veras nos quemase las entrañas el celo de la casa de Dios... ver las esposas de Cristo enajenadas de Él y atadas con nudo de amor tan falso» (*Carta 208*).

Todas estas facetas del celo apostólico (como maternal y sponsal) constituyen la experiencia personal del mismo Maestro, que ha quedado captado por el amor de Cristo muerto en cruz: «Ahora sepa todo el mundo que tengo yo el corazón herido» (*Tratado Amor*, n.11).

²⁵ En este mismo tratado repite la comparación con la viuda de Naím: «Y si de aquellos sacerdotes hubiese que, como otra viuda de Naím, llorase al hijo muerto (cf Lc 7,1 lss)... consolarlos hía el Señor, diciendo: No queráis llorar (cf. Lc 7,13); y darlos hía ánimas resucitadas y sanas» (*Tratado del Sacerdocio*, n.11). Más abajo citamos el texto algo más amplio.

El celo apostólico del sacerdote es, pues, fruto del amor de Dios que nos llega por medio de la caridad del Buen Pastor. Por esto, «ha de arder en el corazón del eclesiástico un fuego de amor de Dios y celo de las almas. Bonus pastor animam dat pro ovibus suis (cf. Jn 10,11), como hizo Cristo» (Plática 7ª, n.5)²⁶.

Su comentario al pastor que busca a la oveja perdida («sola una oveja») se encuentra en la Lecciones sobre Gálatas, en relación con el hijo pródigo o hijo perdido:

«Un solo hijo pródigo fue el perdido y el *recibido con tantas misericordias*, con tantas fiestas y regocijos ... (Lc 15,22-24). Con un solo hijo hace el padre tantos regocijos; y con sola o por sola una oveja y una dracma. Para consuelo del hombre, y para que entienda el gran cuidado que Dios tiene, no solamente de todos los hombres en general, sino de él en particular... Por esto el Apóstol habla con este lenguaje: Amóme a mí, y entregóse a la muerte por mí. Quiere decir: de mí en particular se acordó; por mí en particular rogó, y a mí en particular lavó con sangre» (Lecciones sobre Gálatas, Gal 2,20, n.26).

La imagen del Buen Pastor, en la que aflora la caridad pastoral, es la que le sirve para comparar el celo apostólico del sacerdote con el amor materno de María, que da la vida como oferta unida a la de su Hijo por amor nuestro, que somos sus nuevos hijos. La descripción de este amor de María, como amor oblativo, indica una estrecha relación con el sacerdocio y victimación del mismo Cristo. Ella es modelo de los sentimientos de oblación que deben tener los sacerdotes:

«¡Quién viera aquel relicario de Dios y con cuánta humildad lo ofrece!... “Señor; este Niño os ofrezco; vuestro es, pues de vos es eternamente engendrado; y mío, porque por vos, para remedio de los pecadores, me fue dado, ¡a vos sea la gloria! Vuestro es, yo os lo ofrezco”. La mejor ofrenda

²⁶ Cita a San Juan Crisóstomo: «Ait Chrysostomus : Todos los clérigos son pastores, hortelanos y soldados y labradores; quiere decir: han de entender en el bien de las ánimas con el oficio que tiene cada uno, según el talento que Dios le ha comunicado, y para sufrir el trabajo el predicador en predicar, el confesor en confesar y el que asiste al coro en cantar las horas, es menester que tenga amor de Dios» (ibídem; cfr. S. JUAN CRISÓSTOMO, In 1Cor, Homilía 21,3, MG 61, 173). A continuación hace notar el contraste con el mercenario. Y añade en el párrafo siguiente: «Oh eclesiásticos, si os miraseis en el fuego de vuestro pastor principal, Cristo, en aquellos que os precedieron, apóstoles y discípulos, obispos mártires y pontífices santos!» (ibídem, n.6).

que nunca se ha ofrecido, y más agradable a los ojos del Padre, fue lo que la Virgen ofreció hoy... “Padre, yo os ofrezco a vuestro Hijo”. Padres sacerdotes, aprended de la Virgen cómo habéis de ofrecer al Padre su Hijo» (Sermón 64, n.21).

Y en esta misma imagen oblativa aflora la maternidad dolorosa de María, que debemos agradecer a Dios: «¡Oh cuánto debemos a la Virgen!... “Ofrezcoos, Padre, este Niño para que padezca por los hombres”» (Sermón, 64, n.22).

María es modelo del amor materno que debe reflejarse en el servicio apostólico, especialmente por parte de los sacerdotes. El cuidado de María respecto a la Iglesia primitiva (y a la Iglesia de todos los tiempos) es un cuidado maternal, como consecuencia del encargado recibido de su Hijo en el Calvario:

«Porque lo que su esposo y Hijo Jesucristo había ganado en el monte Calvario derramando su sangre, ella lo guardaba y cuidaba y procuraba de acrecentar como hacienda de sus entrañas, por cuyo bien tales y tantas prendas tenía metidas. ¡Dichosas ovejas que tal pastora tenían y tal pasto recibían por medio de ella! Pastora, no jornalera que buscase su propio interés, pues que amaba tanto a las ovejas (cfr. Jn 10,12), que, después de haber dado por la vida de ellas la vida de su amantísimo Hijo, diera de muy buena gana su vida propia, si necesidad de ella tuvieran» (Sermón 70, n.38)²⁷.

Esta actuación materna de María, amasada de dolor (como hemos analizado en los capítulos precedentes) es el modelo de toda vida apostólica y especialmente sacerdotal: «Este, pues, era el ejercicio de la Santísima Virgen después de subido al cielo su Hijo y Señor: enseñar a los del pueblo y también a sus maestros, aunque fuesen los apóstoles, los cuales aprendie-

²⁷ En este contexto se puede apreciar mejor la frase ya citada más arriba sobre la esterilidad de la vida apostólica cuando falta el amor materno, es decir, cuando falta el testimonio de la vida evangélica: «Bien podrán llegar los hijos al parto, mas no habrá fuerza para los parir» (Sermón 81, n.5). Sobre el ministerio sacerdotal en su dimensión de misericordia, ver: J. DEL RÍO – M. PIACENZA – F. DEL VALLE (edit.), *Ministros de la misericordia de Dios según Juan de Ávila*, Ed. Fundación S. Eulogio, Córdoba 2014.

ron de ella muchas cosas que ignoraban, y los santos evangelistas escribieron cosas que de ella supieron» (Sermón 70, n.39)²⁸.

María, Madre de misericordia, es, pues, también la Madre que acompaña a todo apóstol, y especialmente a los sacerdotes, para ejercer los ministerios en la perspectiva original de la misma misión misericordiosa de Cristo. María es figura de la Iglesia como Madre de misericordia (como hemos visto en los capítulos 3 y 4). La Iglesia, especialmente a través de los ministerios, aprende de ella no sólo la maternidad, sino el mismo afecto materno: «La Virgen en su vida fue ejemplo de aquel afecto materno, con el que es necesario estén animados todos los que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan para regenerar a los hombres» (LG 65).

La espiritualidad mariana del sacerdote no es, pues, algo circunstancial, sino una perspectiva esencial de su acción apostólica, como concretización de la maternidad de la Iglesia reflejada en María Madre de misericordia²⁹.

²⁸ Sobre la Virgen como Madre dolorosa y misericordiosa, hemos analizado más arriba el sermón 67 (n.43, cuando hace llamar a los discípulos dispersos después de la muerte del Señor). Ver arriba, texto correspondiente a nota 23. Podría servir de referencia paralela, la consagración de los sacerdotes al Corazón Inmaculado de María, realizada por el Papa BENEDICTO XVI, al terminar el año sacerdotal: «Madre nuestra desde siempre, no te canses de visitarnos, consolarnos, sostenernos ... Que tu presencia haga reverdecer el desierto de nuestras soledades y brillar el sol en nuestras tinieblas, haga que torne la calma después de la tempestad, para que todo hombre vea la salvación del Señor, que tiene el nombre y el rostro de Jesús, reflejado en nuestros corazones, unidos para siempre al tuyo. Así sea» (BENEDICTO XVI, Acto de consagración de los sacerdotes al Corazón Inmaculado de María, Fátima, 12 mayo 2010; «L'Osservatore Romano», esp., 2010, n.20, p.15).

²⁹ Resumo el tema de la espiritualidad mariana sacerdotal con referencias a San Juan de Ávila, en María en el itinerario de la formación de la vida y del ministerio sacerdotal, *Estudios Marianos* 77 (2011) 213-236; J. ESQUERDA BIFET, «La espiritualidad mariana del sacerdote, expresión y garantía del verdadero gozo pascual», en *Egli manifestò la sua gloria. Saggi teologici offerti al Prof. José Antonio Riestra in occasione del suo 70° genetliaco*, EDUSC, Roma 2015, 371-396. También en «Espiritualidad sacerdotal mariana en Juan de Ávila», *Estudios Marianos* 35 (1970) 85-114. Sobre el ministerio de la predicación, según S. Juan de Ávila: A. CAÑIZARES LLOVERA, «Maestro y ejemplo de predicadores», *Seminarios* 57 (2011) 207-210; J. J. GALLEGO PALOMERO, «El ministerio de la predicación y San Juan de Ávila», en AA.VV., *El Maestro Ávila. Actas del Congreso Internacional*, Madrid, 27-30 noviembre 2000, Edice, Madrid, 2002, 799-849; A. HUERGA, «El ministerio de la palabra en el B. Juan de Ávila», *Semana Avilista*, Madrid 1969, 93-147; M. LÓPEZ-MUÑOZ, «Predicación y catequesis», en M^{ra}. D. RINCÓN GONZÁLEZ – R. MANCHÓN GÓMEZ (eds.), *El Maestro Juan de Ávila (1500?-1569), un exponente del humanismo reformista*, FUE, Madrid 2014, 321-351; S. LÓPEZ SANTIDRIÁN, *Juan de Ávila predicador de Cristo*, Edice, Madrid, 2000; L. SALA BALUST – F. MARTÍN HERNÁNDEZ, *Santo Maestro Juan de Ávila*, BAC, Madrid 1970, 274-289 (El Maestro Ávila, predicador).

Esta dimensión mariana de la espiritualidad sacerdotal ayuda a profundizar precisamente el sentido de misericordia como ternura materna. Se podría que esta dimensión es la clave del Tratado del sacerdocio del Santo Maestro, que ya hemos citado parcialmente más arriba:

«El sacerdote, como Orígenes dice, es faz de la Iglesia y como en la faz resplandece la hermosura de todo el cuerpo, así la clerecía ha de ser la principal hermosura de toda la Iglesia ... así el sacerdote ha de tener dos ojos... con que llore las ofensas de Dios y la perdición de las ánimas, y transforme en sí y sienta como propios suyos los trabajos y pecados ajenos, representándolos delante del acatamiento de la misericordia de Dios con afecto piadoso y paternal corazón ... Y así, el nombre de padre que a los sacerdotes damos les debe de amonestar que, pues no es razón que lo tengan en vano y mentira, deben de tener dentro de sí el afecto paternal y maternal para aprovechar, orar y llorar por sus prójimos ... Y si de aquellos sacerdotes hubiese que, como otra viuda de Naím, llorase al hijo muerto (cf Lc 7,1 lss), importunase al Señor como la cananea (cf. Mt 15,22ss), y le ofreciese devotos ruegos por el hijo endemoniado (cf Mt 17, 14ss) ... consolarlos hía el Señor, diciendo: No queráis llorar (cf. Lc 7,13); y darlos hía ánimas resucitadas y sanas, como dio a las otras personas corporal salud y vida; y, por ventura, espiritual también para sus hijos» (*Tratado del sacerdocio*, n.11).

A MODO DE CONCLUSIÓN

La maternidad misericordiosa de María, en las enseñanzas de San Juan de Ávila, viene a ser la concretización o expresión de la ternura materna («entrañas de misericordia») de Dios Amor revelado por Cristo (quien es «Dios humanado»). El modo de amar de Dios es peculiar: se da a sí mismo dándonos a su Hijo insertado en nuestra historia. María va a ser la figura de una Iglesia Madre de misericordia, es decir, expresión del modo de amar propio Dios. Sin humildad, pobreza, confianza, donación y contemplación, no existe una Iglesia madre y misionera.

En el decurso de nuestro estudio, hemos podido ver estos matices principales sobre María Madre de misericordia, que ahora resumimos de modo más sucinto. La fuente de la misericordia es el mismo Dios Amor revelado por Cristo, el Verbo Encarnado. Nosotros experimentamos esta misericordia especialmente en la humanidad de Cristo. María vivió y vive en sintonía con la misericordia de Dios y de su Hijo. El secreto y el grado de la misericordia está en el amor, por parte de Dios y de su Hijo hecho hom-

bre y, consecuentemente, por parte de su Madre y nuestra. Sólo el amor de María (recibido de Dios) puede explicar su dolor. María, Madre de misericordia, continúa presente en la Iglesia y acompaña a todo creyente especialmente en los momentos de participar en la pasión del Señor y “completar” sus sufrimientos (cfr. Efes 1,23). Su misericordia, como la de Cristo, se alarga a toda la humanidad.

Ella se muestra siempre «llena de misericordia», puesto que «nació para ser abogada» y «le tocan nuestras miserias... a su virginal corazón, tan rico en misericordia» y, por esto «la llama la Iglesia Madre de misericordia» (Sermón 60, Natividad de María, n.18).

Estos matices de la maternidad misericordiosa de María se deben reflejar en la Iglesia. María es modelo y ayuda para una Iglesia llamada a ser también madre de misericordia. Concretamente es *modelo de toda acción apostólica* (que tiene sentido materno) y especialmente es modelo de la acción ministerial de los sacerdotes. Sin este sentido de maternidad misericordiosa, los ministerios se ejercerían como simples funciones sin el alma del amor.

En nuestro estudio (cap.5) hemos hecho la aplicación de este tema a la espiritualidad mariana del sacerdote. En realidad, es todo apóstol quien es llamado a participar en la maternidad misericordiosa de María que es figura de toda la Iglesia, también ella con y como María, Madre de misericordia.

Más arriba he hecho alusión al Doctorado del Maestro, tal como lo anunciaba el Papa Benedicto XVI (en relación con el amor de Dios). Ahora deseo también, al terminar mi exposición, subrayar la sintonía entre las enseñanzas de San Juan de Ávila y el magisterio del Papa Francisco sobre la misericordia. Me refiero especialmente a la maternidad misericordiosa de María, en relación con el amor de Dios revelado por Cristo.

Ya en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* encontramos un resumen de la misericordia en dimensión mariana. Se hace alusión a las «madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario», imitando a María «en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado» (*Evangelii Gaudium*, n.125). María, cuando fue declarada Madre nuestra por Jesús, estaba unida con Cristo cuando «sufría en su carne el dramático encuentro entre el pecado del mundo y la misericordia divina» (ibídem, n.285).

Por esto, María «es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para

los pueblos que sufren ... ella camina con nosotros ... María les da la caricia de su consuelo maternal y les dice al oído: “No se turbe tu corazón ... ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?”» (*Evangelii Gaudium*, n.286). En ella aprendemos «un estilo mariano en la actividad evangelizadora de la Iglesia. Porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño» (ibídem, n.288).

En la encíclica *Laudato si*, el aspecto materno de María se concreta también, a la luz de su dolor ante el crucificado y ante «los pobres crucificados»: «María, la madre que cuidó a Jesús, ahora cuida con afecto y dolor materno este mundo herido. Así como lloró con el corazón traspasado la muerte de Jesús, ahora se compadece del sufrimiento de los pobres crucificados y de las criaturas de este mundo arrasadas por el poder humano» (*Laudato si*, n.241).

La Bula del Año Santo de la Misericordia, *Misericordiae Vultus*, nos resume la misericordia de María en relación con el amor de Dios, quien «pensó y quiso a María santa e inmaculada en el amor (cfr Ef 1,4), para que fuese la Madre del Redentor del hombre» (*Misericordiae Vultus* n.3). El título “Madre de la Misericordia” tiene la característica de «la dulzura de su mirada ... para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios» (ibídem, n.24).

Quiero citar especialmente una afirmación que puede resumir los contenidos principales de nuestro estudio, según la expresión del Santo Maestro: «Madre de Dios humanado» (Sermón 68, n.6). Efectivamente, «ninguno como María ha conocido la profundidad el misterio de Dios hecho hombre. Todo en su vida fue plasmado por la presencia de la misericordia hecha carne. La Madre del Crucificado Resucitado entró en el santuario de la misericordia divina porque participó íntimamente en el misterio de su amor» (*Misericordiae Vultus* n.24)

La maternidad misericordiosa de María está relacionada con el perdón de Jesús en la cruz, puesto que ella, como Madre de Jesús y nuestra, «es testigo de las palabras de perdón que salen de la boca de Jesús. El perdón supremo ofrecido a quien lo ha crucificado nos muestra hasta dónde puede llegar la misericordia de Dios» (*Misericordiae Vultus* n.24). Así, pues, «María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir ninguno»; por esto, podemos dirigir a ella «la antigua y siempre nueva oración del Salve Regina, para que nunca se canse de volver a nosotros sus ojos misericordiosos y nos haga dignos de contemplar el rostro de la misericordia, su Hijo Jesús» (ibídem).

El título, pues, de Madre de misericordia, según San Juan de Ávila, describe a María, como «universal limosnera de todas las misericordias que Dios hace a los hombres» (Sermón 60, Natividad de María, n.18), con «entrañas de misericordia» (Sermón 68, n.18), como expresión de la ternura materna y paterna de Dios, que quiere «sernos madre en la ternura del amor» (AF cap.80, n.3).

Las «muchas misericordias» que ha dispensado María durante la historia, son un «mensaje» que «ha enviado la Virgen a sus pobres hijos que en la tierra tenía, alcanzando a unos perdón de pecados por graves que fuesen, librando a otros de penosas y graves tentaciones, dando consuelo a los tristes, conforte a los de flaco corazón». Por esto, como invitando a vivir esta realidad salvífica, puede concluir diciendo: «Corazón de Madre tiene la Virgen contigo» (Sermón 71, Asunción, n.29).